

EL *CHACMOOL* DE MÍXQUIC Y EL SACRIFICIO HUMANO*

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN** Y JAVIER URCID***

a Felipe Solís Olguín

EL *CHACMOOL* MEXICA

A nivel mesoamericano, la mesa ritual conocida por el nombre de *chacmool* muestra una diversidad formal inusitada. Este peculiar mueble de ceremonias que reproduce la imagen de un hombre recostado se transforma ostensiblemente en el espacio y en el tiempo. Dependiendo de la región y del periodo, se altera la edad del personaje; varía el grado de realismo con que es plasmada su anatomía; cambia la dirección a la que se orienta la cabeza; se desplaza la posición del vientre con respecto al pecho y las rodillas; el tronco y las extremidades modifican su postura; el punto de apoyo sobre la base fluctúa; la indumentaria y las insignias sufren una verdadera transmutación, y el área ceremonial transfigura sus líneas, sus volúmenes y sus motivos ornamentales, o simplemente desaparece de la escultura.

Visto así, en perspectiva amplia, el canon del *chacmool* parecería bastante laxo. Pero al acotar nuestra mirada a un contexto histórico y cultural específico, las reglas de representación visual resultan ser mucho más estrictas. Esto es evidente, por ejemplo, en la homogeneidad interna del grupo de imágenes que los mexicas y sus vecinos elaboraron a lo largo del Posclásico Tardío (c. 1350-1521 d.C.). La docena de ejemplares conocidos hasta ahora nos demuestra que los artistas de la Cuenca de México se ajustaron a las pautas que imponía su propia estética, a la iconografía del culto al que destinaban las esculturas y a los usos particulares que marcaba su liturgia (López Austin y López Luján, 2001a; 2001b).

*Agradecemos el valioso apoyo de Fernando Carrizosa, Alfredo López Austin, H. B. Nicholson y Patrick Saurin.

** Museo del Templo Mayor, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

*** Department of Anthropology, Brandeis University, Boston.

Dentro de la tradición plástica de Tenochtitlan-Tlatelolco y las capitales contiguas a la isla, el *chacmool* sigue dos fases sucesivas que están bien diferenciadas (Hers, 1989: 70-77; Solís, 1985: 400-405; 1991: 62-64; López Austin y López Luján, 2001a: 66-71). En una época temprana de la historia mexicana (c. 1350-1480 d.C.), los ejemplares se caracterizan por las superficies ásperas, el esquematismo, la angulosidad y la desproporción anatómica. En lo que toca a la posición corporal, el torso y las extremidades aparecen semiflexionados, mientras que el abdomen queda por debajo de la línea imaginaria que une al pecho con las rodillas. Otro rasgo distintivo es la escasez relativa de prendas de vestir que fueron esculpidas en bajorrelieve; se limitan, por lo común, a una diadema, un tocado de papel plegado, dos pulseras, un *máxtlatl* y dos sandalias con taloneras. El resto de los elementos del atavío están plasmados con estuco y colores rojo, azul, negro, blanco y ocre. En contraste, el *chacmool* de la llamada época imperial (c. 1480-1521 d.C.) descuella por su talla de calidad excepcional y por un marcado naturalismo. En estos ejemplares, el tronco y las extremidades del personaje se contraen por completo, formando un bloque escultórico compacto y de formas redondeadas. Las superficies, además, están repletas de una rica iconografía labrada con el mayor de los esmeros.

Pese a estas diferencias resultantes de la vertiginosa evolución del arte mexicana, el *chacmool* temprano y el tardío comparten dos cualidades que nos parecen esenciales y que los distinguen de los demás ejemplares mesoamericanos. Por un lado, ambos grupos están vinculados iconográficamente con Tláloc, con alguno de los seres menores en que se desdobra esta divinidad o con un mortal que lo personifica. Así lo demuestran, además de los datos arqueológicos de contexto, atributos como el tocado de papel, las anteojeras, los emplastos discoidales de chía sobre las mejillas, la pintura corporal negra, las manos rojas, el faldellín o delantal masculino y los motivos acuáticos tallados en las bases (vid. Ségota, 1995: 164-166; Graulich, 1984: 62-63; 1993: 188; López Austin y López Luján, 2001a: 65-71, 73; 2001b: 70-71). Por el otro, las esculturas de ambos grupos están dotadas de un ara cilíndrica masiva que emerge del abdomen y que, en ocasiones, adopta los rasgos de un *cuauhxicalli* o depósito de corazones (vid. Nicholson y Quiñones, 1983: 32-33, 36-37; Hers, 1989: 70-77; Solís, 1991: 62-64; López Austin y López Luján, 2001a: 67-68). Hay que notar, sin embargo, que el abultado cilindro también está presente en el *chacmool* de algunos pueblos más distantes de Tenochtitlan, pero que, de una u otra manera, estuvieron bajo la influencia política o cultural de la Triple Alianza: Calixtlahuaca (Bagby, 1950: 18-19), Tula (Fuente *et al.*,

1988: 211-212), Coyotzingo (Schmidt, 1974: 13-16), Cotastla y Cem-poala (Paso y Troncoso, 1912: CXXXVII-CXXXVIII y CXIV).

En este breve artículo, nuestro propósito es analizar un *chacmool* poco conocido que claramente está relacionado con el grupo de esculturas mexicas tempranas. Se trata de una interesantísima imagen descubierta a mediados de los años setenta en el pueblo de Míxquic, Distrito Federal. Aunque este *chacmool* comparte casi todos los atributos que definen a su grupo, cuenta con elementos que lo convierten en una pieza excepcional y que dan nuevas luces sobre los usos dados al *chacmool* por los pueblos del Posclásico Tardío.

EL CHACMOOL DE MÍXQUIC

El hallazgo de numerosas esculturas de buena factura en el pueblo de Míxquic —entre ellas el *chacmool* que ahora nos ocupa— no resulta demasiado sorprendente. Recordemos, en primera instancia, que esta pequeña comunidad lacustre estaba enclavada en la zona de amortiguamiento que separaba a Chalco de Xochimilco (Gibson, 1981: 16-17; Parsons *et al.*, 1982: 78-79), señoríos célebres por la destreza de sus talladores. De hecho, durante el Posclásico tardío, toda la franja sur de la Cuenca de México fue territorio fértil para la estatuaria de elevada calidad (*e.g.* Nicholson, 1971: 123-125; Townsend, 1979: 17-22; Pasztory, 1983: 211-214; Solís, 1991: 148-149, 177-178) y los relieves grabados en cantiles y peñascos (*e.g.* Marcus, 1982; López Luján y Jiménez, 1987; López Luján y Morelos, 1989).

También debemos notar que Míxquic, pese a tener reducidas dimensiones, fue una pujante comunidad agrícola que se encontraba estratégicamente ubicada en el corazón de la región chinampera. Su riqueza era tal que las grandes capitales de la Cuenca de México se disputaron su dominio entre los siglos XIII y el XV (Gibson, 1981: 17): la subyugaron sucesivamente Xochimilco (Durán, 1984, 2: 22), Chalco (Alva Ixtlilxóchitl, 1975, 2: 33), Azcapotzalco (*Historia de los mexicanos...*, 1965: 58; *Anales de Tlatelolco*, 1948: 4) y, por último, Tenochtitlan (Durán, 1984, 2: 105-123; *Anales de Tlatelolco*, 1948: 7).

A la llegada de los españoles, según estimaciones arqueológicas confiables, Míxquic se había erigido en un importante centro local que ocupaba unas 45 hectáreas y cuya población oscilaba entre 1125 y 2250 habitantes (Parsons *et al.*, 1982: 237-238). Los conquistadores que pasaron por allí en 1519 confirman la jerarquía del lugar al decirnos que era “una ciudad pequeña que podría ser hasta de mil o dos mil vecinos, toda armada sobre el agua, sin haber para ella ninguna entrada y

muy torreada” (Cortés, 1994: 49-50), o bien un pueblo que “tenía tantas torres y grandes cues que blanqueaban” (Díaz del Castillo, 1982: 175). A lo anterior habría que agregar los restos materiales de una intensa vida religiosa en Míxquic, fundamentalmente aquellos monumentos escultóricos asociados al culto de las deidades de la muerte, de la guerra y de la lluvia, a la práctica del juego de pelota y a la realización de sacrificios humanos.

Uno de estos testimonios del fervor religioso de los mixquicas es precisamente el *chacmool* motivo del presente trabajo. Esta excepcional pieza fue exhumada hace poco más de cinco lustros, durante las excavaciones emprendidas por Humberto Besso-Oberto en el claustro de la Iglesia de San Andrés, conjunto religioso colonial levantado sobre una plataforma prehispánica. Al explorar una superficie de 560 m², dicho arqueólogo dio con los vestigios de la iglesia primigenia, la cual data del siglo XVI (Besso-Oberto, 1977: 85-92, 140; *vid.* Kubler, 1984: 619). Había allí cinco grandes esculturas pertenecientes al llamado estilo azteca, las cuales habían sido utilizadas por los constructores españoles como parte de la cimentación (Besso-Oberto, 1977: 134-140).¹

El *chacmool* de Míxquic es una pieza monolítica que mide 59.9 cm de alto, 81 cm de ancho y 35.9 cm de espesor (figs. 1-3). Fue tallado en una piedra basáltica de tonalidad gris oscura (*vid.* López Luján *et al.*, en prensa) y con numerosísimas vesículas de hasta 7 mm de diámetro, material que impide al más dotado de los artistas lograr superficies tersas y plasmar detalles finos. Es evidente que esta pieza estuvo estucada en un principio. Aún se observan restos de este material en todo el cuerpo, particularmente en la orejera, el codo y la sandalia derechos; en el hombro, el muslo y la espinilla izquierdos; así como en el cuello, la espalda y la hendidura entre el muslo y la pantorrilla. Como la gran mayoría de los ejemplos conocidos del *chacmool* temprano, la imagen de Míxquic debió de haber estado policromada (*vid.* López Austin y López Luján, 2001b: 70-71). En este sentido vale señalar que, durante su descubrimiento, fueron detectados restos de pigmento rojo sobre las orejeras (Besso-Oberto, 1977: 139). Señalemos también que la pieza en cuestión presenta leves daños que parecen haber sido causados hace mucho tiempo, quizás en los primeros decenios de la Colonia. Se trata particularmente de ligeros faltantes y

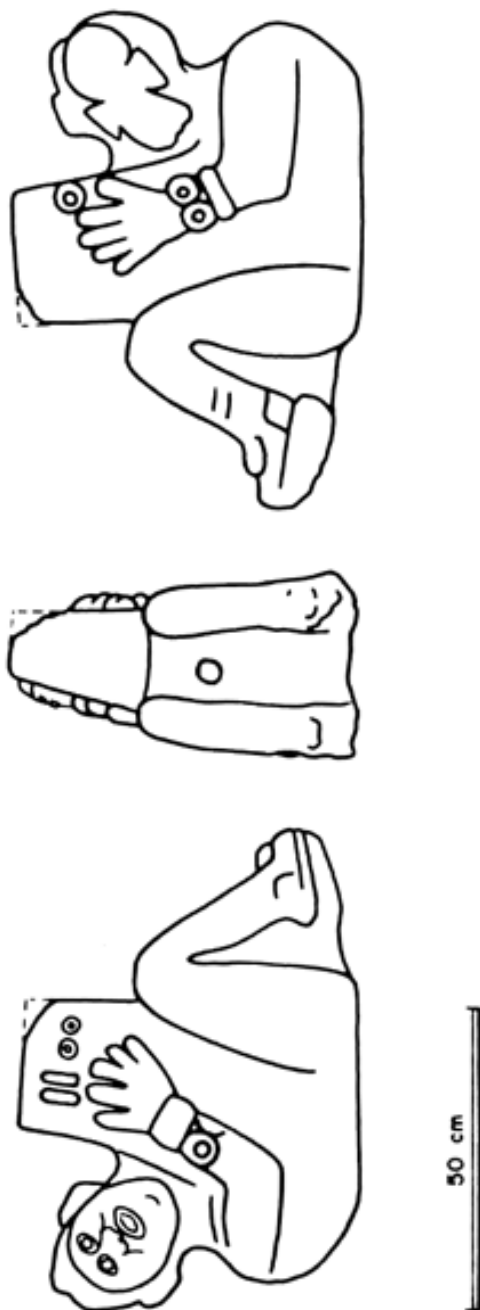
¹ Esta práctica fue muy común en las primeras décadas de la Colonia. De acuerdo con Motolinía, “para hacer las iglesias comenzaron a echar mano de sus *teocallis* para sacar de ellos piedra y madera, y de esta manera quedaron desollados y derribados; y los ídolos de piedra, de los cuales había infinitos, no sólo escaparon quebrados y hechos pedazos, pero vinieron a servir de cimientos para las iglesias; y como había algunos muy grandes, venían lo mejor del mundo para cimiento de tan grande y santa obra” (Benavente, 1971: 35).



1. Vista frontal del *chacmool* de Míxquic (foto de L. López Luján)



2. Vista dorsal del *chacmool* de Míxquic (foto de L. López Luján)



3. El *chacemool* de Mixquic. a) Vista frontal; b) vista dorsal; c) vista lateral derecha (dibujo de F. Carrizosa Montfort)

huellas de desgaste en el tocado, el rostro, las puntas de los pies y el objeto que sujeta el personaje entre las manos.

La escultura de Míxquic exhibe un marcado esquematismo, superficies planas, contornos más o menos angulosos y una desproporción anatómica relativa. Carece del paralelepípedo que usualmente sirve de base a la figura humana en las esculturas mexicas. El personaje que representa yace sobre su espalda y sus glúteos, con el torso y las cuatro extremidades parcialmente flexionados, y con el vientre mucho más abajo que el pecho y las rodillas. Sus pies, ligeramente elevados, no tocan la línea de apoyo. La cabeza está girada hacia su costado derecho y el eje vertical del rostro se inclina trazando en el espacio una diagonal de 45°. Del rostro se perciben vagamente unos ojos redondos y muy próximos entre sí, una nariz bastante ancha, dos abultadas mejillas y una boca elíptica de labios gruesos y entreabiertos. Las manos son demasiado grandes y en la llamada "forma de guante", es decir, con cinco dedos rollizos y separados. Las puntas de los pies, al estar destruidas, no nos permiten observar si estaban marcados los dedos.

Los atavíos no son muy abundantes. Una banda frontal, al parecer lisa y parcialmente destruida, orna la cabeza. El rostro está flanqueado por dos grandes orejeras rectangulares. La nuca, por su parte, sujeta un posible *amacuexpalli* (orla de papel plisado y goteado con hule) rematado en su parte inferior con un elemento trapezoidal que cubre el dorso del cuello. En las muñecas hay sendas pulseras en forma de bandas rectangulares y provistas de dos colgantes anulares, quizás chalchihuites. Las manos asen un elemento poliédrico con cuatro caras laterales trapezoidales, y con caras inferior y superior rectangulares. En su cara frontal, este elemento tiene tallada una pequeña cavidad de 5 cm de diámetro, además de dos bandas verticales y dos motivos anulares, quizás plumas y chalchihuites. Otro elemento anular se advierte en la cara dorsal, exactamente entre el dedo pulgar y el índice. Entre las piernas hay un plano oblicuo que posiblemente figura el *máxtlatl* típico de estos personajes. Al centro de dicho plano se observa una cavidad de 5 cm de diámetro. Digamos, por último, que los pies están provistos de sandalias con taloneras y listones anudados sobre el empeine.

EL CHACMOOL MEXICA Y EL SACRIFICIO HUMANO

Varios autores han advertido de manera correcta el carácter primordialmente utilitario del *chacmool* (Bagby, 1950: 47-48; Acosta, 1956: 167-168; Tozzer, 1957, I: 92; Schmidt, 1974: 15). Con sólidos argumentos, han demostrado que no se trata propiamente de una imagen de culto,

sino de una eficaz mesa pétreo que formaba parte del numeroso mobiliario ritual mesoamericano. En efecto, el *chacmool* es nada menos que una base sólida y de gran estabilidad que solía colocarse en los epicentros de la actividad litúrgica. Todo indica que este altar antropomorfo cumplía las funciones básicas de *tlamanalco* o mesa de ofrendas, *cuauhxicalli* o contenedor de corazones y *téhcattl* o piedra sacrificial (López Austin y López Luján, 2001a: 61-64). Los dos primeros usos se consideran hoy día incontrovertibles, mientras que el tercero es aún sujeto de debate.

Prácticamente todos los especialistas coinciden en que el pesado monolito servía tanto para colocar directamente sobre su cara superior una variada gama de dones, como para apoyar en él recipientes y braseros que contendrían alimentos, copal, tabaco, flores, papel, etcétera. Los estudiosos del Posclásico Tardío también suelen afirmar que el *chacmool* era un útil receptáculo para los corazones y la sangre de los individuos muertos sobre la piedra de los sacrificios. Esta segunda función resulta evidente en los ejemplares que datan de dicho periodo: algunos de ellos tienen tallado el inconfundible símbolo del corazón sangrante (*e.g.* Winning, 1969), mientras que otros cuentan con prominentes aras cilíndricas en forma de *cuauhxicalli*, con sus clásicos motivos de chalchihuites, quincunces, discos, plumas de águila y corazones (Nicholson y Quiñones, 1983: 32-33, 36-37; López Austin y López Luján, 2001a: 67).

En cambio, la hipótesis que identifica al *chacmool* como una versión antropomorfa del *téhcattl* es la que menos adeptos posee. A pesar de ello, estamos convencidos de que existen bases muy firmes para apoyarla. Una de las más contundentes se halla en la célebre *Crónica Mexicana* de Fernando Alvarado Tezozómoc. En este documento se describen con inusual detalle las ceremonias inaugurales de la ampliación del Templo Mayor de Tenochtitlan correspondientes al año de 1487. Como era costumbre en este tipo de festejos, el clímax se alcanzaba con el sacrificio masivo de cautivos de guerra en la cúspide de la pirámide, ejecutado en esta ocasión por el propio Ahuítzotl (Alvarado Tezozómoc, 2001: 306-307):

Y [en] saliendo [que] salió el sol, comiençan de [en]bixar a los que abían de morir con albayaide (*tiçattl*) y enplumalles las cabeças y, hechos esto, los suben [en] los altos de los templos y primero en el de Huizilopochtli [...] Y los quatro [que] an de acarrear a los miserables condenados estauan [en]bixados de negro, ahumados, prietos, [en]bixados de almagro pies y manos, parecían a los mesmos demonios, [que] solo la bista de ellos estauan a los que los mirauan. Estaua parado el Ahuítzotl, rrey, ençima del *tuchcattl*, una piedra figurada una figura [que] [e]staua y tenía torcida la cabeça, y [en] sus espaldas estaua

parado el rrey y a los pies del rrey degollauan. Arrebatan los tiznados como diablos de los coxedores a uno y [en]tre quatro de ellos tiéndenle boqui arriba estirándolo todos quatro. Llegado el Ahuitzotl, come tierra del suelo, como decir umillaçión al diablo, con su dedo de enmedio y luego mira a quatro partes del mundo, de oriente a poniente, de norte a sur, el nabaxón [en] la mano, tirando rreziamente los quatro demonios, le mete el nabaxón por el coraçón y, abierto, le barronpiendo hasta [que] be el coraçón del miserable penitente, y le saca el coraçón [en] un ymprouiso, lo [en]seña a las quatro partes del mundo [...] y luego el Ahuitzotl otro tanto con otro coraçón, una mano casi saltando el coraçón [en] las manos, y luego los coraçones les ban dando a los *tlamacazque*, saçerdotes, y como se les ban dando coraçones, ellos a todo correr ban hechando en el aguxero de la piedra [que] llaman *cuauhxicalli*, que está aguxerado una bara en rredondo, que oy día esta piedra del demonio [en] frente de la Iglesia Mayor; y los sacerdotes también, [en] tomando el coraçón [en] las manos, de la sangre [que] ba[n] goteando ban salpicando las quatro partes del mundo.

Unas líneas más adelante, Alvarado Tezozómoc (2001: 308) habla con horror del aspecto que había cobrado el Templo Mayor al concluir este magno holocausto:

Y estaua ya el templo, açotea y frontera de su altar de Huitzilopochtli que corría la sangre de los ynoçentes que paresçía dos fuentesillas de agua, todo tinto en sangre [...]

Finalmente, este pasaje tan revelador concluye con la narración del destino que tuvieron los despojos mortales de los cautivos inmoldados en el *téhcattl*, tras los cuatro largos días con sus noches que duró la ceremonia (Alvarado Tezozómoc, 2001: 309):

los cuerpos y tripas lleuauan luego a hechar en medio de la laguna mexicana detrás de un peñol [que] llaman Tepetzinco, y hecháuanlos en un ojo de agua que corre por debaxo de las benas y entrañas de la tierra, que llaman Pantitlam [...]

A partir del análisis de este texto único es posible derivar una serie de reflexiones que enseguida apuntamos. La primera de ellas tiene que ver, evidentemente, con la presencia de un *chacmool* en el Templo Mayor a escasas tres décadas de la llegada de los españoles. Hasta donde sabemos, es ésta la única referencia explícita al *chacmool* en las fuentes históricas coloniales, definido de manera incuestionable como “una piedra figurada una figura [que] [e]staua y tenía torcida la cabeça” que se encontraba en la cúspide de la pirámide. Basta

una rápida revisión del *corpus* escultórico mexica para percatarse que ninguna otra imagen concuerda, a la vez, con la descripción de monumento y con el emplazamiento consignados en la *Crónica Mexicana*.

En segundo término, el pasaje de Alvarado Tezozómoc cobra un sentido cabal a la luz de los vestigios exhumados por el Proyecto Templo Mayor del INAH. Gracias a estas exploraciones, sabemos que tanto la configuración arquitectónica como el programa iconográfico de la pirámide principal de Tenochtitlan eran cuidadosamente reproducidos cada vez que se decidía agrandarla. Así sucedió, por ejemplo, con la persistente repetición de las escalinatas y las capillas dobles, y con la reiteración de la imagen de Coyolxauhqui, siempre plasmada a los pies del templo de Huitzilopochtli (*vid.* Matos, 1991). Y así creemos que debió de haber sucedido con el *chacmool*, el cual habría sido empujado, ampliación tras ampliación, a la entrada del templo de Tláloc (fig. 5). Hasta la fecha, han sido descubiertas dos imágenes de este tipo, una en la Etapa I y otra en la Etapa II (López Austin y López Luján, 2001b: 72-73). Bajo esta lógica, si la cronología de Matos (1981b: 50) es correcta, el *chacmool* mencionado por Alvarado Tezozómoc sería el perteneciente a la Etapa VI.

En tercer lugar, la *Crónica Mexicana* es muy clara al señalar que el *chacmool* se empleó en la inauguración de 1487 como un *téhcattl* sobre el que fueron muertos los prisioneros de guerra de filiación zapoteca, tlapaneca, huexotzinca y atlixca. El *tlatoani* mexica, según acota la fuente, se colocaba sobre o a la espalda del *chacmool*, de manera que el genitro que se agolpaba frente a la pirámide podía presenciar el momento exacto en que el cuchillo de pedernal penetraba el cuerpo de la víctima. Además, aclara que los corazones de los occisos eran depositados en un *cuauhxicalli* cilíndrico que medía una vara de diámetro. Otro punto interesante es la obvia presencia de dos piedras sacrificiales en la parte alta del Templo Mayor, pues Alvarado Tezozómoc comenta que la sangre fluía desde la cumbre como si se tratara de “dos fuentecillas”.

Una última reflexión, ésta colateral, tiene que ver con las asociaciones acuáticas del *chacmool* y del rito que sobre él se realizaba. Por un lado, la *Crónica Mexicana* nos permite advertir que los cuatro sacerdotes que asistían a Ahuítzotl personificaban a los mismísimos *tlaloque*. Estaban “enbixados” de igual manera que los dioses de la lluvia y, en forma muy significativa, que el *chacmool* descubierto en la Etapa II del Templo Mayor² (*vid.* López Austin y López Luján, 2001b: 70-71): sus cuerpos estaban pintados con negro de humo, en tanto que sus manos

² Observamos los mismos colores en el *chacmool* de Cholula, reportado hace tiempo por García Moll (1965) y hoy día expuesto en el nuevo Museo de la Ciudad de Cholula.

y sus pies habían sido recubiertos con una capa de almagre, óxido de hierro de tonalidades rojizas. Por el otro, es bastante sugerente el hecho de que los cuerpos inertes de los sacrificados durante la inauguración fueran trasladados a Pantitlan y arrojados en el remolino donde se tenía la costumbre de halagar a las divinidades del agua con una variada gama de dones.

Dejando a un lado este texto, podemos mencionar otra serie de evidencias del uso del *chacmool* como *téhcattl*, algunas de ellas señaladas por Graulich (1993: 188-189). Entre las más importantes se encuentra la costumbre mexicana de inmolar personificadores de divinidades específicas (*teteo imixiptlahuan*) sobre verdaderas bases humanas hechas con los cadáveres de cautivos de guerra llamados *pepechtin* o *teteo inpepechhuan*, es decir, “lechos” o “lechos de los dioses” (López Austin, 1980, 1: 434-435; Patrick Saurin, comunicación verbal, enero de 2002). Los cuerpos inertes de dichos prisioneros servían de base a los personificadores de los *tlaloque* en la veintena de *Etzalcualiztli*, a la de Huixtocihuatl en *Tecuilhuitonlli*, al de Ixcozauhqui en *Izcalli* y, finalmente, a los “bañados” en *Panquetzaliztli* (vid. Sahagún, 2000: 207, 211-212, 252, 264). Podría, por tanto, hacerse una vinculación simbólica entre el *chacmool* utilizado como *téhcattl* —soporte pétreo antropomorfo— y estas bases humanas —impactantes mesas rituales de carne y hueso.

También vale la pena mencionar, entre otras pruebas, la existencia de dos piedras sacrificiales, ovoidales y antropomorfas procedentes de Los Ídolos, en Misantla, Veracruz; el hallazgo de algunos ejemplares del *chacmool* en lugares donde normalmente se colocaba el *téhcattl*; así como la forma y la altura de estas esculturas recostadas, perfectas para la consecución de la occisión ritual (Graulich, 1993: 187-188). Sobre este último aspecto, recordemos que el ara cilíndrica del *chacmool* de la Etapa II del Templo Mayor tiene una altura de 56 cm desde su base de piedra y de 50 cm desde el nivel del piso que la rodea, mientras que el *téhcattl* poliédrico que se localiza unos metros al sur mide 54 cm de altura desde el piso original y 49 cm desde la última reparación de dicho piso (figs. 5-6).³

Otra pieza relevante a nuestro problema es una rara estatua antropomorfa del Epiclásico que fue encontrada en las ruinas de Xochicalco y que hoy día se exhibe en el Museo Cuauhnáhuac de la capital morelense (López Luján *et al.*, 1995: 135, 137). Con dimensiones aproximadas a las de un *chacmool*, posiblemente representa a un

³ La altura de algunas piedras sacrificiales mexicas oscila entre 37 cm y 92.5 cm (Graulich, 1993: 186).

individuo decapitado, cuya espalda yace sobre una base en forma de paralelepípedo (fig. 4). Está casi desnudo, pues sólo viste un *máxtlatl* y lleva bandas lisas como pulseras. Desgraciadamente carece de ambas piernas y de la porción de la base que las sostenía. Pese a este irreparable daño, aún es posible observar a la altura de los glúteos que los muslos se alzaban originalmente en diagonal, de manera parecida a la típica posición de las piernas en el *chacmool*. Además, en uno de sus costados tiene tallada una cuerda. Sin embargo, los rasgos de la imagen que más nos interesan aquí son sus señaladas costillas y la presencia sobre el pecho de un largo corte longitudinal que quizás alude a la occisión por cardioectomía. A juicio de Peñafiel (1890, 3: 199), esta escultura es nada menos que una piedra sacrificial. La pregunta conducente es si se trata, por ende, de un ejemplar xochicalca del *chacmool* que fue empleado para inmolar víctimas humanas.

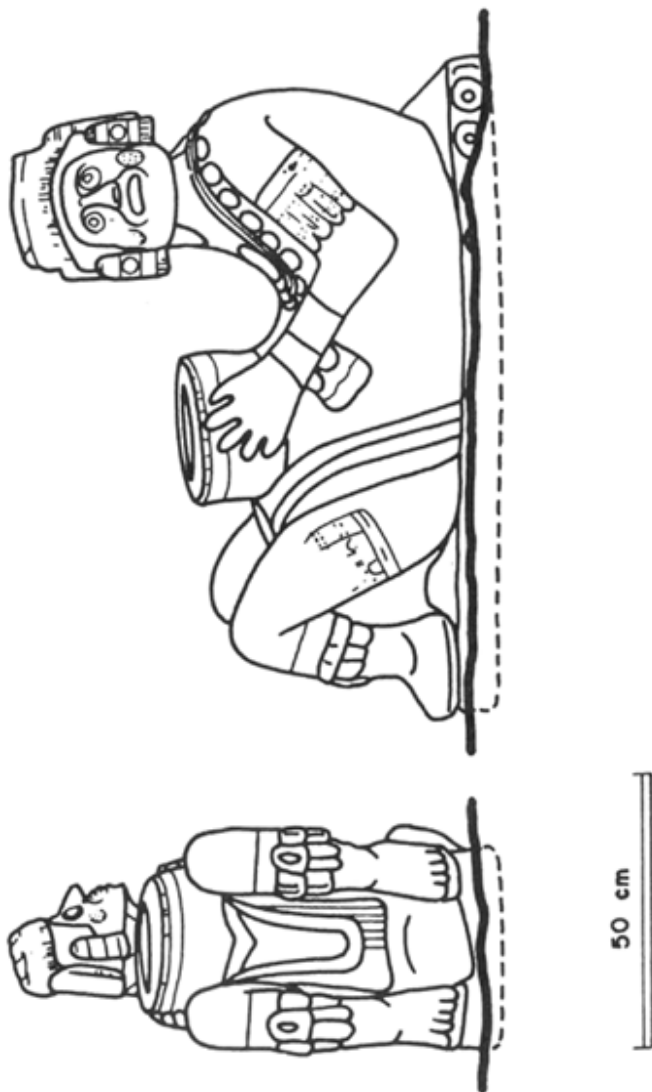
Antes de finalizar esta sección, agreguemos que las esculturas del *chacmool* elaboradas durante el Posclásico Tardío —a diferencia de las toltecas y mayas más antiguas— poseen en su porción central un elemento sólido y prominente que las convierte en funcionales tajones de sacrificio. En el caso del *chacmool* tarasco, observamos dos manos protuberantes que emergen del vientre para unirse entre sí o para sujetar en alto un elemento tabular. De manera correlativa, las esculturas del Centro de México y las de Veracruz cuentan con cilindros macizos que debieron de haber sostenido firmemente la espalda de cualquier persona. En cierta forma, estos cilindros nos evocan el *teponaztli* convertido temporalmente en *téhcattl* durante las exequias de los últimos *tlatoque* mexicas (Alvarado Tezozómoc, 2001: 360-361) y en el mes de *Panquetzaliztli* (Sahagún, 2000: 251).

EL CHACMOOL DE MÍXQUIC Y EL SACRIFICIO HUMANO

A partir de lo expresado hasta ahora, el lector perspicaz vislumbrará la enorme significación de la escultura de Míxquic. Si bien es cierto que este ejemplar temprano del sur de la Cuenca de México no puede ser considerado una obra maestra, nos aporta valiosísimos datos científicos, particularmente contundentes en lo que toca a las funciones del *chacmool*. Como dijimos, el monolito carece del ara cilíndrica que define a los ejemplares del Posclásico Tardío del Centro de México y de Veracruz. En su lugar, posee un elemento poliédrico con cuatro caras laterales trapezoidales, y con una cara inferior y otra superior rectangulares (figs. 1-3). Dicho elemento es formalmente idéntico al sobrio *téhcattl* exhumado por Matos (1981a: 148-149) en la Etapa II

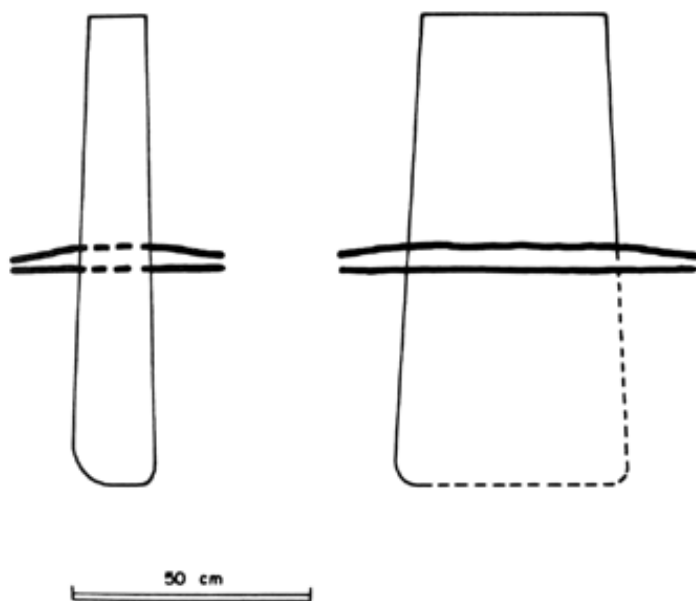


4. Extraña escultura de Xochicalco, Morelos, que pudo haber sido utilizada como *téhcatt* (Peñafiel, 1890, 3: 199)



5. El *chacmool* de la Etapa II del Templo Mayor de Tenochtitlan, ubicado a la entrada de la capilla de Tláloc (dibujo de F. Carrizosa Montfort)

del Templo Mayor de Tenochtitlan (fig. 6).⁴ Ambos elementos tienen, además, semejanzas considerables en lo que toca a sus dimensiones. El elemento poliédrico del *chacmool* de Míxquic alcanza los 59.9 cm de alto, y su cara superior mide 22.3 por 12.2 cm; por su parte, el *téchcatl* del Templo Mayor tiene una altura de 54 cm, y su cara superior mide 39 por 12 cm.⁵



6. El *téchcatl* de la Etapa II del Templo Mayor de Tenochtitlan, ubicado a la entrada de la capilla de Huitzilopochtli (dibujo de F. Carrizosa Montfort)

⁴ También es muy parecido a las piedras sacrificiales representadas en las pictografías (e.g. *Códice Boturini*, 1964: 17; *Códice Borgia*, 1993: 42; *Códice Magliabechiano*, 1983: 70r; *Códice Féjérvary-Mayer*, 1994: 31).

⁵ El cilindro del *chacmool* de la Etapa II del Templo Mayor mide 56 cm de altura desde la base de la escultura y tiene un diámetro máximo de 27.4 cm (fig. 4b). Este diámetro (aproximado al ancho de la cara superior del poliedro del *chacmool* de Míxquic) es a todas luces suficiente para servir de apoyo a la espalda de un adulto.

En otras palabras, la escultura de Míxquic sostiene entre sus manos un típico tajón sacrificial de estilo mexica temprano.⁶ Esto nos permite afirmar rotundamente que el *chacmool* también fue aprovechado como *téchcatl*. Este uso particular estaría por lo menos comprobado para el Posclásico Tardío, cuando se incorpora al vientre del personaje un elemento prominente en forma de ara cilíndrica masiva, de *téchcatl* poliédrico o de dos manos asiendo un apoyo tabular. Por tanto, no resulta descabellado proponer que el *chacmool* transformó su figura y, consecuentemente, amplió sus funciones en una época en la que se exacerbaban los holocaustos.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Jorge R. 1956. "El enigma de los chac mooles de Tula", *Estudios antropológicos publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, México, UNAM/Sociedad Mexicana de Antropología, p. 159-170.
- AIVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de. 1975. *Obras históricas*, 2 v., México, UNAM.
- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando. 2001. *Crónica Mexicana*, Madrid, Dastin.
- Anales de Tlatelolco*. 1948. México, Antigua Librería Robredo (Fuentes para la Historia de México, 2).
- BAGBY, L.B. 1950. *Mesoamerican Figures of the Type called Chac Mool*, tesis de maestría en arte, México, Mexico City College.
- BENAVENTE, Fray Toribio de. 1971. *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, UNAM.
- BESSO-OBERTO GONZÁLEZ, Humberto. 1977. *Arqueología histórica (un paradigma de investigación)*, tesis de licenciatura en arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Códice Borgia*. 1993. México, SEQC/ADV/FCE.
- Códice Boturini*. 1964. *Antigüedades de México*, v. 2, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.
- Códice Fejérváry-Mayer*. 1994. México, SEQC/ADV/FCE.

⁶ A la luz de los hallazgos realizados en la Etapa II del Templo Mayor tenochca, la escultura que nos ocupa aquí pudiera ser una rara fusión del *téchcatl* de Tláloc con el de Huitzilopochtli. Bajo esta lógica, cabría preguntarse si esta supuesta fusión es un indicio de que la pirámide principal de Míxquic estaba coronada por una sola capilla y no por dos, como sucedía en Tenochtitlan, Tlatelolco, Texcoco, Azcapotzalco, Tenayuca y Santa Cecilia.

- Códice Magliabechiano*. 1983. 2 v., Berkeley, University of California Press.
- CORTÉS, Hernán. 1994. *Cartas de relación*, México, Porrúa (Sepan cuantos, 7).
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. 1982. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", CSIC.
- DURÁN, Fray Diego. 1984. *Historia de la Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, 2 v., México, Porrúa.
- FUENTE, Beatriz de la, Silvia Trejo y Nelly Gutiérrez Solana. 1988. *Escultura en piedra de Tula. Catálogo*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas.
- GARCÍA MOLL, Roberto. 1965. "Un Chac-Mool de Cholula", *Boletín INAH*, n. 22, p. 19.
- GIBSON, Charles. 1981. *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*, México, Siglo veintiuno.
- GRAULICH, Michel. 1984. "Quelques observations sur les sculptures mésoaméricaines dites 'Chac Mool'", *Jaarboek, Vlaams Instituut voor Amerikaanse Kulturen*, Mechelen, p. 51-72.
- _____, 1993. "Sacrificial Stones of the Aztecs", *The Symbolism in the Plastic and Pictorial Representations of Ancient Mexico. A Symposium of the 46th International Congress of Americanists, Amsterdam 1988*, J. de Durand-Forest y M. Eisinger (eds.), Bonn, Bonner Amerikanistische Studien, Holos, p. 185-201 (BAS 21).
- HERS, Marie-Areti. 1989. *Los toltecas en tierras chichimecas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas.
- Historia de los mexicanos por sus pinturas*. 1965. *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, edición de A.M. Garibay K., México, Porrúa, p. 21-90.
- KUBLER, George. 1984. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo. 1980. *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 v., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- _____, y Leonardo López Luján. 2001a. "El chacmool mexicana", *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-bresilien, Hommage à Georges Baudot*, Toulouse, IPEALT, Université de Toulouse-Le Mirail, v. 76-77, p. 59-84.
- _____, 2001b. "Los mexicas y el chacmool", *Arqueología mexicana*, n. 49, p. 68-73.

- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo y Diego Jiménez Badillo. 1987. "Los petroglifos de Los Olivos, Ixtayopan, Distrito Federal", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXIII, n. 1, p. 149-166.
- _____, y Noel Morelos. 1989. "Los petroglifos de Amecameca: un monumento a la elección de Motecuhzoma Xocoyotzin", *Anales de Antropología*, v. XXVI, p. 127-156.
- _____, Robert H. Cobean y Alba Guadalupe Mastache F. 1995. *Xochicalco y Tula*, Milano, Editoriale Jaca Book/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- _____, Jaime Torres y Aurora Montúfar. En prensa. "Los materiales constructivos del Templo Mayor de Tenochtitlan", *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 34.
- MARCUS, Joyce. 1982. "The Aztec Monuments of Acapulcan", *Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico. The Chalco-Xochimilco Region*, Parsons, Jeffrey R., Elizabeth Brumfiel, Mary H. Parsons y David J. Wilson, Ann Arbor, University of Michigan, p. 475-485 (Memoirs of the Museum of Anthropology, number 14).
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo. 1981a. "Los hallazgos de la arqueología", *El Templo Mayor*, México, Bancomer, p. 102-283.
- _____, 1981b. *Una visita al Templo Mayor*, México, INAH.
- _____, 1991. "Las seis Coyolxauhqui: variaciones sobre un mismo tema". *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, v. 21, p. 15-30.
- NICHOLSON, H.B. 1971. "Major Sculpture in Pre-Hispanic Central Mexico", *Handbook of Middle American Indians*, R. Wauchope (ed.), v. 10, Austin, University of Texas Press, p. 92-134.
- _____, y Eloise Quiñones Keber. 1983. *Art of the Aztec Mexico. Treasures of Tenochtitlan*, Washington, D.C., National Gallery of Art.
- PARSONS, Jeffrey R., Elizabeth Brumfiel, Mary H. Parsons y David J. Wilson. 1982. *Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico. The Chalco-Xochimilco Region*, Ann Arbor, University of Michigan (Memoirs of the Museum of Anthropology, number 14).
- PASO Y TRONCOSO, Francisco del. 1912. "Las ruinas de Cempoala y del Templo del Tajín (Estado de Veracruz)", notas arregladas por Jesús Galindo y Villa, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología de México*, número extraordinario en homenaje al XVIII Congreso Internacional de Americanistas (apéndice al t. III), p. xcvi-clxi.
- PASZTORY, Esther. 1983. *Aztec Art*, New York, Harry N. Abrams Publisher.
- PEÑAFIEL, Antonio. 1890. *Monumentos del arte mexicano antiguo. Ornamentación, mitología, tributos y monumentos*, 3 v., Berlin, A. Ascher & Co.

- SAHAGÚN, Fray Bernardino de. 2000. *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 v., México, CONACULTA.
- SCHMIDT, Peter J. 1974. "San Luis Coyotzingo, Puebla: una pirámide del post-clásico y un nuevo chacmool", *Comunicaciones*, n. 11, p. 11-18.
- SÉGOTA, Dúrdica. 1995. *Valores plásticos del arte mexicana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas.
- SOLÍS OLGUÍN, Felipe R. 1985. "Arte, estado y sociedad: La escultura antropomorfa de México-Tenochtitlan", *Mesoamérica y el Centro de México*, J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez-Rocha (eds.), México, INAH, p. 393-432.
- , 1991. *Gloria y fama mexicana*, México, Smurfit Cartón y Papel de México/Museo Franz Mayer/Galería Arvil.
- TOWNSEND, Richard F. 1979. *State and Cosmos in the Art of Tenochtitlan*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks.
- TOZZER, Alfred M. 1957. *Chichen Itza and Its Cenote of Sacrifice. A Comparative Study of Contemporaneous Maya and Toltec*, 2 v., Cambridge, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University (Memoirs, XI y XII).
- WINNING, Hasso von. 1960. "A Chac Mool Sculpture from Tlascala, Mexico", *The Masterkey*, v. XXXIV, n. 2, p. 50-55.